



Sueños  
olvidados  
y otros relatos

*Stefan Zweig*

Los relatos que conforman esta antología son una muestra de las mejores cualidades narrativas de Stefan Zweig. La pretensión de Zweig, producto emblemático de la cultura de Viena de principios de siglo y muy influido por las teorías psicoanalíticas, es iluminar «los sótanos, las cavidades de las raíces y las cloacas del corazón» donde «pululan brillando fosforescentes las verdaderas y peligrosas fieras de la pasión». El erotismo juvenil, las relaciones de pareja, el nuevo papel emergente de la mujer son algunos de los ejes de estos relatos. En consonancia con sus palabras de que «ningún sufrimiento es tan sagrado como el que no se expresa por pudor», Stefan Zweig da en *Confusión de los sentimientos* un tratamiento realmente avanzado a un tema maldito como el de la homosexualidad; no sólo expone con notable sinceridad y humanidad la relación homoerótica entre un profesor y su alumno, sino que también esboza en el personaje de la mujer de este profesor un retrato moderno de mujer independiente e inteligente. Este volumen recoge también otra vertiente de Zweig, la que se deriva de la Primera Guerra Mundial y sus consecuencias, que marcaron profundamente al autor e hicieron que se abriera a nuevos temas y nuevos personajes; gentes sencillas y vapuleadas por la guerra y la inflación de los años veinte, como el entrañable personaje central de *Mendel, el de los libros*, o el no menos amable coleccionista imaginario y quijotesco de *La colección invisible*.

## SUEÑOS OLVIDADOS

La villa se hallaba muy cerca del mar.

En los paseos silenciosos y umbríos de los pinos alentaba la fuerza saturada del aire salado del mar y una ligera y constante brisa jugueteaba entre los naranjos y hacía caer aquí y allá delicadamente una flor de ricos colores. La lejanía, luminosa de sol, las colinas, sobre las que destacaban diminutas casas como perlas blancas, un faro a varias millas, que se erguía como una vela, todo relumbraba con contornos precisos y bien definidos y se incrustaba como un mosaico brillante en el azul profundo del éter. El mar, en el que de vez en cuando caían lejos, muy lejos, las chispas blancas de las velas rutilantes de barcos solitarios, lamía con el movimiento de sus olas la terraza escalonada sobre la que se levantaba la villa, que se volvía hacia el verde de un amplio y sombreado jardín y se perdía allí en un parque vetusto y silencioso como un cuento.

Desde la casa que seesteaba en el pesado calor de la mañana conducía un estrecho camino de grava como una línea blanca hacia el fresco mirador bajo el que las olas rompían con fiero y constante bramido y lanzaban aquí y allá refulgentes átomos de agua pulverizados, que en la cegadora luz del sol se revestían del fulgor del arco iris como diamantes. Allí las flechas luminosas del sol se quebraban en los plumeros de los pinos, que formaban un grupo nutrido como si charlaran amigablemente, o chocaban con un parasol japonés de gran diámetro adornado con alegres figuras de colores fuertes y desagradables.

En la sombra de este parasol una figura femenina ocupaba un confortable sillón de paja, acomodando con placer sus bellas formas al tejido maleable. Su mano fina, sin anillo, colgaba distraída y jugueteaba con insistencia suave y apacible con el pelo sedoso y brillante de un perro, mientras que la otra sostenía un libro sobre el que los ojos oscuros, de negras pestañas, en los que parecía asomar una sonrisa, concentraban toda su atención. Eran unos ojos grandes, inquietos, cuya belleza se veía realzada por un brillo mate y velado. El poderoso y atractivo efecto, que ejercía el rostro oval y bien cortado, no era natural y total, sino que se basaba en un refinado predominio de detalles bellos individuales, realizados con cuidadosa e intuitiva coquetería. La anárquica confusión aparente de los perfumados y sedosos rizos era la trabajosa construcción de una artista, y también la leve sonrisa, que danzaba alrededor de los labios durante la lectura y descubría el esmalte blanco y lustroso de los dientes, era el resultado de años de ensayos ante el espejo, que ya se había convertido en una costumbre fija e inamovible.

Un leve crujido en la arena.

La dama levanta los ojos sin cambiar de postura, como un gato, que tumbado en los cálidos y cegadores raudales de luz del sol entreabre perezoso los ojos fosforescentes para recibir al visitante.

Los pasos se acercan apresuradamente y un criado de librea se inclina ante ella para presentarle una pequeña tarjeta de visita y luego apartarse un poco, en actitud de espera.

Ella lee el nombre con esa expresión de sorpresa en el rostro, que solemos tener cuando en la calle nos saluda un desconocido en los términos más familiares. Durante un instante aparecen pequeñas arrugas grabadas encima de las cejas perfiladas y negras, que indican la reflexión intensa, y de pronto el rostro se ilumina con un alegre resplandor, los ojos lanzan chispas regocijadas al recordar días de

juventud ya lejanos, por completo olvidados, cuyas imágenes risueñas ha despertado en ella el nombre. Siluetas y sueños adquieren de nuevo formas concretas y se vuelven diáfanas como la realidad.

—Ah, claro —recuerda de pronto la dama, volviéndose hacia el criado—, el caballero desea verme, naturalmente.

El criado se alejó con pasos discretos y devotos. Durante un minuto reinó el silencio, únicamente el incansable viento cantaba en las copas de los árboles, vencidas por el pesado oro de mediodía.

Y entonces, pasos elásticos, que resonaron enérgicos en el camino de grava, una sombra alargada, que se acercó hasta sus pies y una figura alta de hombre se materializó ante ella, que se había levantado impulsivamente de su mullido sillón.

Primero se encontraron sus ojos. Él recorrió con una rápida mirada la elegancia de la figura femenina, cuya sonrisa levemente irónica se encendió también en sus ojos.

—Es muy amable por su parte acordarse todavía de mí —dijo ella alargándole su fina y bien cuidada mano nacarada, que él rozó respetuosamente con los labios.

—Mi querida amiga, quiero ser sincero con usted, ya que éste es un reencuentro tras muchos años y, como temo, también para muchos años. Mi visita se debe más bien a una casualidad, el nombre del propietario de ese palacete cuya magnífica situación me ha incitado a interesarme por él, me recordó su propiedad. Y así estoy aquí en calidad de arrepentido.

—No por ello menos bienvenido, porque tampoco yo podía recordar, en un primer momento, su existencia, a pesar de que una vez fue bastante importante para mí.

Ahora ambos sonrieron. El dulce y leve perfume del primer amor de juventud semisecreto había renacido en ellos con toda su dulzura embriagadora, como un sueño, que al despertar nos provoca una mueca de desdén, aunque deseáramos soñarlo o vivirlo una vez más. El bello sueño de

la insinuación, que sólo desea y no se atreve a exigir, que sólo promete y no da.

Siguieron conversando. Sus voces tenían un tono de cordialidad, de una tierna confianza, como sólo la puede otorgar un secreto casi desvanecido. Con palabras reposadas, en las que una risa alegre lanzaba de vez en cuando sus perlas redondas, hablaron de cosas pasadas, de poesías olvidadas, flores marchitadas, cintas perdidas o destruidas, pequeños signos de amor, que habían intercambiado en la pequeña ciudad en la que habían pasado su juventud. Las viejas historias que, como leyendas remotas, despertaban en sus corazones campanas hacía años enmudecidas y cubiertas de polvo, se llenaron lenta, muy lentamente, de una solemnidad dolorida y cansada, el epílogo de su amor de juventud muerto confería a su diálogo una gravedad profunda, casi triste.

Y la voz de él, de timbre oscuro y melódico, vibró suavemente cuando relató:

—Allá en América recibí la noticia de su compromiso, cuando sin duda ya se había llevado a cabo el matrimonio.

Ella no respondió nada. Sus pensamientos se hallaban diez años atrás.

Durante unos largos minutos se hizo un espeso silencio entre ellos.

Y entonces ella preguntó en voz muy baja, casi sin voz:

—¿Qué pensó usted de mí, entonces?

Él alzó los ojos sorprendido.

—Puedo decírselo sin circunloquios, ya que mañana parto hacia mi nuevo lugar de residencia. No se ofenda, pero no viví momentos llenos de decisiones confusas y hostiles, porque la vida ya había reducido la colorida fogata del amor a una tenue llama de simpatía. Simplemente, no la comprendí; la compadecí.

Una ligera sombra color púrpura voló sobre las mejillas de la dama y el brillo de sus ojos se intensificó al exclamar alterada:

—¡Compadecerme! ¡No sabría por qué!

—Porque pensé en su futuro marido, ese hombre de dinero, indolente, siempre dispuesto a adquirir más (no, no me contradiga, no pretendo en absoluto ofender a su marido, al que siempre he respetado) y porque pensé en usted, la muchacha como yo la dejé. Porque era incapaz de admitir que usted, la solitaria, la ideal, que no tenía más que ironía displicente para la vida cotidiana, pudiera convertirse en la respetable mujer de un hombre corriente.

—¿Y por qué habría de haberme casado con él si las cosas eran como usted dice?

—No estaba seguro de estar en lo cierto. Quizá él tenía cualidades secretas que escapan a una mirada superficial y sólo empiezan a brillar en el trato íntimo. Ésta fue para mí la solución simple del enigma, porque había algo que no podía ni quería creer.

—¿Qué?

—Que usted le hubiera escogido por su título de conde y sus millones. Ésa era para mí la única imposibilidad.

Fue como si ella no hubiera oído las últimas palabras, pues bajo la protección de los dedos, que en la luz del sol irradiaban un rosa sangre oscuro como una concha de púrpura, miró hacia la lejanía, hasta el horizonte velado donde el cielo sumergía su vestido azul pálido en la oscura magnificencia de las olas.

También él estaba perdido en consideraciones profundas y había casi olvidado las últimas palabras cuando ella, apartándose de él, dijo, apenas perceptiblemente:

—Y sin embargo, así ha sido.

Él miró asombrado, casi asustado, hacia ella que, con parsimonia estudiada y a todas luces artificial, había tomado de nuevo asiento en su sillón y que con serena tristeza continuó hablando monótonamente y sin apenas mover los labios:

—Nadie me entendió entonces, cuando todavía era la niña pequeña de tímidas palabras infantiles, tampoco us-

ted, que tan cerca estaba de mí. Quizá tampoco yo misma. Aún hoy pienso a menudo en ello y no me comprendo, pues ¿qué saben las mujeres de sus almas crédulas de adolescentes, cuyos sueños son como delicadas pequeñas flores blancas, que se lleva el primer aliento de la realidad? Y yo no era como las otras muchachas, que soñaban con héroes de arrojada masculinidad y vigorosa juventud, que convertirían su deseo incierto en brillante felicidad, su callada intuición en sublime conocimiento y las liberarían de la angustia vaga, oscura, imposible de definir, pero por ello no menos atormentadora, que echa su sombra sobre sus días de adolescencia y se vuelve cada vez más negra, más amenazante y más opresora. Nunca conocí esos sentimientos; mi alma bogaba a bordo de otras barcas de sueños hacia la secreta fronda del futuro que se escondía tras las nieblas envolventes de los días venideros. Mis sueños eran míos. Soñaba siempre que era una princesa, como las que aparecen en los viejos libros de cuentos, que juegan con deslumbrantes piedras preciosas de irisados colores, cuyas manos se sumergen en el resplandor dorado de tesoros fabulosos y cuyos recargados vestidos tienen un valor inestimable.

»Soñaba con el lujo y la riqueza porque los amo. ¡Qué placer cuando podía acariciar con mis manos la seda temblorosa, de melodía casi inaudible; cuando mis dedos reposaban como dormidos en el blando y ensoñado plumón de un pesado terciopelo! Era feliz cuando podía llevar como una cadena joyas en las delicadas falanges de mis dedos temblorosos de alegría, cuando gemas blancas relucían en la densa masa de mis cabellos como aljófara, mi máxima ambición era descansar en los asientos muelles de un coche elegante. Entonces estaba loca por la belleza artificial que me hacía despreciar mi vida real. Me odiaba a mí misma cuando llevaba mis vestidos de diario, modesta y sencilla como una monja, y permanecía días enteros sin salir de casa, porque me avergonzaba de mí en mi vulgaridad, me es-

condía en mi estrecha y fea habitación, yo, cuyo sueño más bello era vivir sola junto al inmenso mar, en una mansión lujosa y al mismo tiempo exquisita, con pérgolas sombreadas y verdes, en las que la bajeza del día de trabajo no asoma sus sucias garras, donde reina la paz plena... casi como aquí. Porque lo que mis sueños desearon lo ha hecho realidad mi marido, y por eso, porque era capaz de hacerlo, es mi marido.

La dama guarda silencio y su rostro arde con la belleza de una bacante. El brillo de sus ojos es ahora profundo y peligroso, y el rubor de sus mejillas adquiere una intensidad llameante.

Reina un completo silencio.

Sólo allá abajo el canto rítmico y monótono de las relucientes olas, que se arrojan contra los peldaños de la terraza como contra un pecho amado.

Entonces él dice en voz baja, como si hablara consigo mismo:

—¿Y el amor?

Ella le ha oído. Una ligera sonrisa asoma a sus labios.

—¿Posee usted aún hoy todos sus ideales, *todos* aquellos que llevó consigo al lejano mundo? ¿Los ha conservado todos, indemnes, o se le han muerto algunos, marchitados? ¿O quizá se los han arrancado del pecho por la fuerza y los han tirado al barro, donde han perecido destrozados por los miles de ruedas cuyos carruajes persiguen el objetivo de la vida? ¿O no ha perdido ninguno?

Él inclina la cabeza entristecido y calla.

Y de pronto lleva la mano de la dama a sus labios, la besa en silencio. Luego dice con voz cordial:

—¡Adiós!

Ella le responde con vehemencia y sinceridad. No se siente avergonzada por haber revelado a un hombre, ajeno a ella durante años, su secreto más profundo y haberle desvelado su alma. Con una sonrisa le sigue con la mirada y piensa en las palabras que ha dicho sobre el amor, y el pa-

sado se interpone nuevamente con pasos sigilosos, inaudibles, entre ella y el presente. Y de repente piensa que *aquel hombre* podría haber guiado su vida, y los pensamientos dan color a esta insólita idea.

Y despacio, muy despacio, sin que ella se dé cuenta, la sonrisa se apaga sobre sus soñadores labios...

## LA ESTRELLA SOBRE EL BOSQUE

*A Franz Carl Ginzkey  
de todo corazón*

Un día, cuando el diligente y apuesto camarero François se inclinó sobre el hombro de la bella condesa polaca Ostrovska, sucedió algo extraño. Sólo duró un segundo y no fue un estremecimiento o un sobresalto, un temblor o una emoción. Y, sin embargo, fue uno de esos segundos que abarcan miles de horas y de días llenos de júbilo y tormento, como el vigor vehemente de los grandes y fragorosos robles con todas sus ramas que se mecen y sus copas que se inclinan está contenido en un solo granito de semilla. En ese segundo no sucedió nada visible. François, el dúctil camarero del gran hotel de la Riviera se inclinó aún más, para presentar con mayor comodidad la fuente al cuchillo indeciso de la condesa. Pero su rostro descansó ese momento a pocos centímetros de las ondas dulcemente rizadas y perfumadas de su cabeza, y cuando instintivamente alzó la mirada devota, sus ojos turbados vieron la suave y luminosa línea blanca con la que su cuello surgía de esa marea oscura y se perdía en el vestido rojo oscuro abullonado. Una llamarada color púrpura le invadió. Y el cuchillo vibró suavemente en la fuente, presa de un imperceptible temblor. Aunque en ese segundo François intuyó todas las graves consecuencias de este repentino hechizo, dominó hábilmente su agitación y siguió sirviendo con el entusiasmo reservado y un poco galante de un *garçon* de buen gusto. Alargó la fuente con movimiento medido al acompañante

habitual de la condesa, un aristócrata maduro dotado de una imperturbable elegancia, que relataba cosas indiferentes con entonación refinadamente acentuada y en un francés cristalino. Luego se apartó de la mesa sin alterar su mirada o su gesto.

Estos minutos fueron el comienzo de un estado de ensueño muy extraño y ferviente, de un sentimiento tan impetuoso y exaltado que apenas le corresponde el término grave y noble de amor. Era ese amor, de fidelidad canina y desprovisto de deseos, que los seres humanos generalmente no experimentan en la flor de su vida, que sólo sienten las personas muy jóvenes o muy ancianas. Un amor sin reflexión, que sólo sueña y no piensa. Olvidó por completo ese injusto y, sin embargo, inalterable desprecio que incluso personas inteligentes y circunspectas manifiestan hacia seres humanos que visten el frac de camarero; no especuló sobre posibilidades y casualidades, sino que alimentó en su sangre esa extraña inclinación hasta que su profundidad escapó a toda burla y crítica. Su ternura no era la de las miradas secretamente alusivas y al acecho, la temeridad de los gestos atrevidos que de repente se desata, la pasión sin sentido de labios sedientos y manos temblorosas; era una aplicación silenciosa, un prevalecer de aquellos pequeños servicios que son tanto más excelsos y sagrados en su modestia cuanto que permanecen a sabiendas ocultos. Después de la cena alisaba las arrugas del mantel delante de la silla de la condesa con dedos tan tiernos y dulces como quien acaricia las manos queridas y plácidas de una mujer; colocaba las cosas en su proximidad con simetría devota, como si las dispusiera para una fiesta. Con el mayor cuidado llevaba las copas que habían tocado sus labios a su estrecha y poco aireada buhardilla y de noche las dejaba relucir a la luz perlada de la luna como si fueran joyas preciosas. Constantemente era, desde cualquier rincón, el secreto observador de sus movimientos y actividades. Bebía sus palabras como quien paladea lascivamente un vino dulce y

de perfume embriagador, y recogía las palabras y las órdenes ávido como los niños la rápida pelota en el juego. Así su alma embelesada introdujo en su pobre e indiferente vida un brillo cambiante y opulento. Nunca se le ocurrió la sabia necedad de trasponer todo el episodio a las palabras frías y destructivas de la realidad de que el miserable camarero François amaba a una condesa exótica y eternamente inalcanzable. Porque él no la sentía como realidad, sino como algo excelso, muy lejano, que bastaba con su reflejo de la vida. Amaba el imperioso orgullo de sus órdenes, el ángulo dominante de sus cejas negras que casi se tocaban, el pliegue indómito alrededor de la boca fina, la gracia segura de sus gestos. La sumisión le parecía a François algo natural y sentía como dicha la proximidad humillante del servicio modesto, porque gracias a ella podía entrar tan a menudo en el círculo seductor que rodeaba a su amada.

Así despertó de repente en la vida de un hombre sencillo un sueño, como una flor de jardín noble y cuidadosamente criada, que florece en una carretera donde el polvo de los caminantes ahoga todos los brotes. Era el vértigo de un ser sencillo, un sueño embrujador y narcótico en medio de una vida fría y monótona. Y los sueños de seres como él son como barcas sin timón, que van a la deriva presas de una voluptuosidad fluctuante sobre aguas silenciosas y espejeantes, hasta que de pronto su quilla choca con una sacudida seca en una orilla desconocida.

La realidad, sin embargo, es más fuerte y sólida que todos los sueños. Una noche el corpulento portero procedente del Waadtland le dijo a François al pasar: «La Ostrovska se marcha mañana con el tren de las ocho». Y luego añadió otros nombres sin importancia que él apenas escuchó. Porque esas palabras se habían transformado en su cerebro en un confuso remolino tumultuoso. Varias veces se pasó los dedos mecánicamente por la frente afligida, como si quisie-

ra apartar un sedimento pesado, que allí reposaba y obnubilaba la razón. Dio unos pasos titubeantes. Inseguro y atemorizado cruzó delante de un alto espejo de marco dorado, del que le salió al encuentro un rostro mortalmente pálido y extraño. Los pensamientos no acudían a su mente, estaban por así decir aprisionados tras un muro oscuro y nebuloso. Casi inconsciente, descendió agarrándose a la balaustrada la amplia escalera hacia el jardín sumido en sombras, en el que los altos pinos se erguían solitarios como pensamientos sombríos. Su silueta intranquila dio unos inciertos pasos más, como el vuelo bajo y tambaleante de un ave nocturna enorme y oscura, y por fin se dejó caer en un banco apoyando la cabeza en su frío respaldo. El silencio era absoluto. A su espalda, entre los arbustos redondeados, relucía el mar. Luces suaves y trémulas chispeaban sobre su superficie, y en el silencio se perdía la monótona cantinela murmurante de lejanos rompientes.

Y de pronto todo estaba claro, muy claro. Tan dolorosamente claro que François casi sonrió. Todo había acabado, sencillamente. La condesa Ostrovska se marcha a casa y el camarero François queda atrás en su puesto. ¿Acaso era tan raro? ¿No se marchaban al cabo de dos, tres o cuatro semanas todos los extranjeros que venían? Qué tontería no haberlo pensado antes. Porque todo estaba tan claro como para reír o llorar. Y sus pensamientos bullían y bullían. Mañana por la noche, con el tren de las ocho con dirección a Varsovia. A Varsovia... horas y horas a través de bosques y valles, a través de colinas y montañas, a través de estepas y ríos y dinámicas ciudades. ¡Varsovia! ¡Qué lejos quedaba! No podía siquiera imaginar, aunque sí sentir en lo más profundo, esa palabra orgullosa y amenazadora, dura y lejana: Varsovia. Y él...

Durante un segundo aleteó una pequeña y fantástica esperanza. Podía seguirla. Y buscar empleo allí como criado, escribiente, cochero, esclavo; estar allí en la calle como mendigo, todo menos estar tan horriblemente lejos; al me-

nos respirar el aliento de la misma ciudad, verla quizá pasar, ver su sombra, al menos, su vestido y su cabello negro. Ya surgían precipitadas visiones. Pero el momento era duro e implacable. François vio lo inalcanzable desnudo y claro. Calculó: cien o doscientos francos ahorrados, en el mejor de los casos. No bastaban ni para la mitad del camino. Y entonces ¿qué? Como a través de un velo desgarrado vio de pronto su vida, presintió lo pobre, miserable y fea que indefectiblemente sería de ahora en adelante. Años vacíos ejerciendo su profesión de camarero, torturado por un insensato deseo, esa ridiculez iba a ser su futuro. Le recorrió un escalofrío. Y de pronto todas las cadenas de pensamientos confluyeron arrebatadas e imparables. Había únicamente una posibilidad.

Las copas de los árboles se mecían en una brisa apenas perceptible. La noche oscura y negra se alzaba amenazadora ante él. Entonces se alzó seguro y sereno del banco y se dirigió por la grava crujiente hacia el gran edificio que dormía en blanco silencio. Debajo de una de sus ventanas hizo un alto. Estaba ciega y sin un signo brillante de luz en el que se hubiera podido encender el deseo soñador. Ahora su sangre circulaba con latidos tranquilos, y se alejó como alguien al que ya nada confunde y engaña. En su cuarto se echó sin agitación alguna sobre la cama y durmió con un sueño denso y sin imágenes hasta la señal matutina del despertar.

Al día siguiente su comportamiento se ciñó por completo a los límites de la deliberación meticulosamente definida y de la calma forzada. Con fría indiferencia cumplió con sus obligaciones, y sus gestos tenían una seguridad tan absoluta y tan despreocupada, que nadie hubiera imaginado detrás de la máscara falaz la amarga decisión. Poco antes de la hora de la cena, acudió con sus pequeños ahorros a la floristería más selecta y compró flores exquisitas que en su espléndido colorido le sugerían palabras: tulipanes del color del oro fogoso, que eran como la pasión; crisantemos